*Por amor al partido**

Marco Jáuregui

♦♦♦

—No lo hago por mí; lo hago por amor al Partido —se dijo, mientras dejaba caer el último postigo del pudor y la ropa, mientras dejaba que su cuerpo comenzara a girar en las aguas rosas de la fantasía (un tapete sobre la duela de una cabaña en la montaña), mientras sentía las arremetidas del cuerpo del hombre contra el suyo y trataba de convencerse de que él llegaría a amarla...

Por la mañana, el camarada Leonel pidió huevos con jamón para desayunar, al tiempo que se ponía la trusa verde, el deslavado pantalón de mezclilla y una camiseta blanca con una efigie estilizada del "Che" Guevara a la altura del corazón; una imagen pequeña, negra, apenas lo suficientemente llamativa para decir a quien reparara en ella: "Vean: mi portador es revolucionario, pero discreto; no anda por ahí gritando consignas ni haciendo aspavientos, porque la Revolución se lleva en el alma, la Revolución se lleva en la sangre".

—Es sumamente importante que hayas decidido entregar tu tiempo, tu esfuerzo, tu espacio y ahora tu cuerpo, al Proyecto —le decía el camarada Leonel ya sentados a la mesa—, porque la construcción de la nueva sociedad requiere de hombres y mujeres como tú: íntegros, vigorosos, que sepan compartir todo lo que tienen. Pásame una tortilla, por favor... Porque, como te explicaba ayer, la preservación de la virginidad, el matrimonio, la propiedad privada, son instituciones decadentes del igualmente decadente sistema capitalista. Lo que uno hace con su cuerpo es un reflejo de su ideología. Y si no lo crees, mírate. A tu edad, y discúlpame que te lo diga con toda la sinceridad a que me obliga mi condición de militante, te estabas convirtiendo en una solterona amargada, sin más ideales que lograr que las estúpidas señoras que explotan tu fuerza de trabajo quedaran contentas con su vestidito nuevo, con su faldita nueva... ¡Ah, no, no! ¡Eso no era vida! —aquí, el camarada había elevado la voz y golpeado con el puño izquierdo sobre la mesa, mientras con la otra mano manejaba el tenedor para llevar más huevo a la boca, pues el discurso no le había impedido seguir comiendo—. En cambio, piensa, ¿quién eres ahora? ¡Claro, claro que sí! Hoy eres una mujer que, a pesar de su ocupación burguesa, a pesar de sus prejuicios sexuales, ha decidido avanzar por la senda que previamente transitaron mujeres valientes y generosas como Rosa Luxemburgo o Frida Khalo —aquí, los ojos verdes del hombre ya brillaban con fulgores de tormenta—. Hoy eres una mujer que en sus manos, que en sus manos... Pero, a ver, ¡levanta tus manos y míralas!, ¡vamos, míralas!... Una mujer que en sus manos, repito, tiene depositado el futuro del Proyecto, tiene depositada

♦♦♦

la noble encomienda de ser madre, pero no madre de un chiquillo como cualquier otra mujer, no, sino madre... del Partido.

Al decir la última frase, la voz del camarada Leonel fue bajando de intensidad hasta volverse apenas un susurro. Luego, se levantó en silencio y, sin dar la espalda, salió del comedor con la mirada baja.

Por su parte, la señorita Rosaura permaneció largo rato mirando las manos pequeñas, morenas, amenazadas por la artritis; las manos que el dedal no protegía de los piquetazos de la aguja; las manos que hasta antes de anoche no habían conocido piel de hombre, sino telas, hilos, más telas, más hilos. Miraba sus manos empañadas por las lágrimas quedas.

Aquella fue la primera noche que pasaron juntos. La noche que rindió su voluntad ante la insistencia del camarada Leonel, que cedió ante las largas pláticas en que él le hablaba de la necesaria comunión que debe existir entre los compañeros militantes: "Esa comunión que se refleja, señorita Rosaura, no solamente en el compartir los ideales que fundamentan nuestros actos, sino también en hacer de la construcción del Proyecto un ardiente crisol en el que cada uno de nosotros, los interesados en hacer de este mundo un mundo sin barreras, entregamos nuestra sangre, nuestro cuerpo, nuestra vida toda".

Lo conoció un sábado por la tarde, en la avenida Aldama. Ella regresaba de entregar un vestido a una clienta remilgosa que la había obligado a hacer varios arreglos a la prenda antes de aceptarla, y de mala gana, como terminada. Iba mirando el cielo casi morado de tan azul. Apenas sí percibía los aparadores de los comercios, el tráfico de las personas cargadas con las bolsas de las compras o con las pañaleras o los globos o los elotes de los niños sacados a pasear. Respiraba ensanchando las aletillas de la nariz para sentir con más nitidez el olor como a abierto, como a aire vacacionando, de la calle, tan diferente al olor empalagoso, mezcla del tufillo dulce de los géneros nuevos enrollados en carretes y del aroma a fruta demasiado madura del vapor que las telas ya cortadas, hilvanadas y rociadas con el atomizador desprenden al plancharse. Acordarse de la jodona de doña Carmen Estrada, la clienta que acababa de dejar, había comenzado nuevamente a amargarle el paladar.

Entonces, escuché que alguien dijo: "—Señorita..." Como iba distraída no supe si me hablaban a mí, pero de todos modos volteé, y sí era conmigo el asunto. Él me acercó un bote con letras rojas que traía en la mano y terminó de decirme: "—Señorita... ¿Gusta cooperar para el mantenimiento de la Casa Unión Estudiantil? Es una casa que brinda hospedaje y alimentación gratuitos a estudiantes pobres del interior del estado..." Casi nunca les doy dinero a las gentes que piden en la calle, porque se me *afigura* que nomás lo hacen para no trabajar, pero como que ya era el destino, porque esa vez algo me movió a sacar un billete de a veinte de los que me acababa de pagar doña Carmen y lo metí al bote. Él se me quedó viendo a los ojos y me dijo: "—Muchas gracias. Queda poca gente generosa que crea en los demás y esté dispuesta a desprenderse de algo para contribuir al bien de la sociedad. Oiga, ¿le gustaría saber más acerca de la labor que realizamos en la Casa Estudiantil?" "—No, gracias. Ahorita no tengo tiempo" —le contesté, aunque en realidad no tenía ningún pendiente importante, y empecé a caminar. Pero él también comenzó a caminar junto a mí y me fue contando que pertenecía a una organización dedicada a ayudar a estudiantes y campesinos en diferentes estados del país, que se sostenían de donativos que aportaban personas humanitarias como yo, que no era una actividad lucrativa sino de servicio al pueblo, que él colaboraba porque creía que si todos ponemos nuestro granito de arena el mundo sería mejor... Y más cosas así me fue diciendo. No dejó de hablar en tres o cuatro cuadras. Cuando pasamos por el jardín creí que ahí se iba a quedar a seguir pidiendo dinero, pero no, siguió hablándome y hablándome. Yo ya iba un poco apenada de que me vieran caminando junto a él, con su bote en la mano y su morral en el hombro, y también ya me había entrado la preocupación de que quisiera hacerme algo, como robarme la bolsa del dinero o cualquier otra cosa; pero la verdad es que al mismo tiempo ya me iba gustando oírlo hablar con tantas ganas de los pobres y la solidaridad, por eso dejé que me acompañara hasta mi casa. Al llegar le dije:

—Bueno, mucho gusto en haberlo conocido.

—Igualmente. Pero no nos despidamos. La

♦♦♦

invito a una reunión de voluntarios de la Casa Estudiantil, me parece que es usted una persona sensible y tal vez le gustaría colaborar con nosotros, ¿qué dice?

—No, gracias. No me ajusta el tiempo.

—Ande, anímese. El país requiere que dediquemos un poco de nuestro tiempo a ayudar a los demás. La reunión es el sábado a las diez de la mañana, en el Parque Centenario.

—Bueno, si puedo, voy.

—De acuerdo. Oiga, ¿y cuál es su nombre?

—Mis clientas me dicen nada más señorita Rosaura.

—Pues mis amigos me llaman camarada Leonel.

—Mucho gusto.

—Igualmente —me contestó, y levantó la mano para decirme adiós.

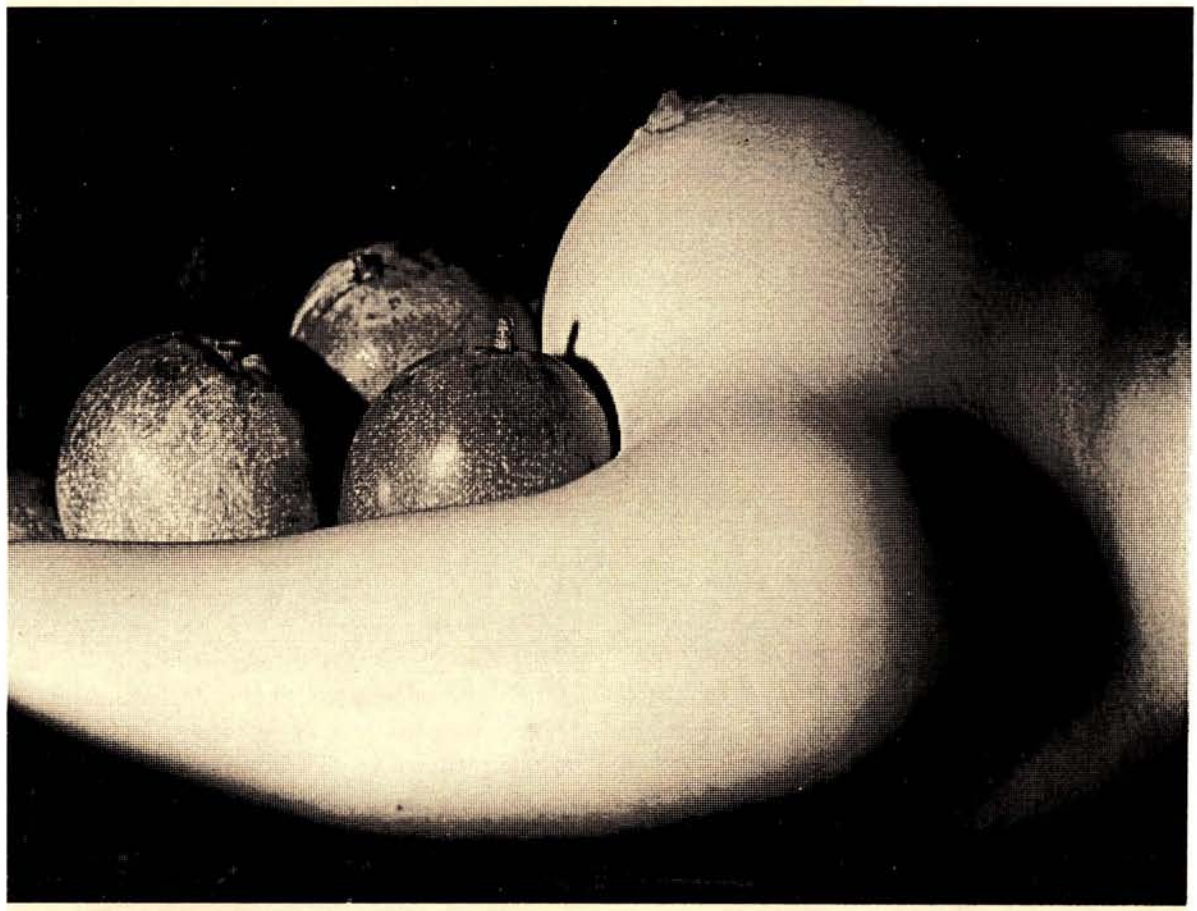
Esa semana fue eterna. Estuve distraída y nerviosa. Todo me salía mal: me pinchaba con la aguja, se me quebraba la greda, un hilván me quedaba más arriba que el otro... Y es que no me decidía a ir o no a la reunión. Por una parte, tenía ganas de ver otra vez al camarada Leonel. Y no es que fuera guapo o que yo estuviera nomás a la espera de un hombre, pero pasaba que no podía dejar de pensar en él, sobre todo en su forma de hablar. Por otro lado, tenía miedo de imaginar que podría llegar a sentir algo por él y además, sentía desconfianza de su grupo, porque no me gusta la política. Pero la casualidad se encargó de convencerme. Resulta que el sábado desperté muy temprano y dije que no iba a ir, que más valía no meterse en camisa de once varas. Contenta con lo que había decidido, me levanté y fui a misa al templo de Santa Rita para agradecerle a Dios por iluminarme y alejarme de los peligros. Pero vamos a ver que una de las lecturas que tocó ese día fue la del buen samaritano, y en el sermón el padre insistió en nuestro deber de ayudar al prójimo si queremos obtener la gracia de ser perdonados. En eso iba pensando de regreso a la casa, y ya casi para llegar vi que un muchacho metió un papel por debajo de mi puerta y siguió caminando y dejando papeles en las otras casas. Nos cruzamos y pude verlo de cerca. Iba vestido con ropa vieja y desgastada; era flaco y se veía cansado. "De seguro tiene hambre..." —pensé. Al abrir mi puerta y levantar el papel vi que era un volante de la Casa Unión en que pedían donativos para el sostenimiento de los hijos de campesinos sin recursos que venían a estudiar a la ciudad y se hospedaban gratuitamente en ese albergue. Recordar al mismo tiempo las palabras del camarada Leonel y las del padre y la cara del muchacho de los volantes, me hicieron cambiar de opinión y pensar que a lo mejor sí podía yo hacer algo por los demás. Así que finalmente, sí fui. Por las dudas, me puse los aretes de cuarzo, para alejar las malas vibras, y fui. Él estaba sentado a la cabecera de una de las mesas al aire libre del parque.

Había otros tres hombres y dos mujeres; todos jóvenes. La señorita Rosaura sólo conocía al camarada Leonel, quien la presentó como "una amiga que seguramente habrá de aportar mucho al Proyecto". Discutieron acerca de la importancia de invitar a nuevas gentes a la organización, de intensificar los boteos para reunir dinero y acondicionar mejor los dormitorios de la Casa. El viento que se colaba entre los árboles les desordenaba los papeles en que hacían anotaciones. Las palabras del camarada Leonel sonaban más limpias y vigorosas entre el canto de los pájaros y los distintos matices verdes del parque. La recién invitada miraba reflejos tornasoles en las gotas de sudor que surcaban la frente perfilada de su anfitrión y sintió admiración por él.

El último punto de la agenda resultaba difícil de resolver: se trataba de encontrar un lugar más discreto y cómodo para utilizarlo como sede de un curso de formación política. Por unos momentos, todos guardaron silencio ante la falta de opciones. La señorita Rosaura titubeó un poco antes de ofrecer su casa. Fue la única vez que habló durante la reunión. El camarada Leonel la miró de frente y le sonrió.

Se sucedieron luego sesiones sabatinas de estudio en su casa. Eran sólo los sábados porque el camarada Leonel, quien las dirigía, no vivía en la ciudad, sino en el Distrito Federal, y pasaba aquí nada más los fines de semana. Ella se integró al grupo conformado por Abel y Sandra, estudiantes de ciencias políticas; Roberto, un desocupado que se decía escritor; Ricardo y José Luis, bachilleres que vivían en la Casa Estudiantil, y Carmela, una

♦♦♦



maestra de jardín de niños. Entre ellos, la señorita Rosaura se sentía inferior, pues poco lograba descifrar del *¿Qué hacer?*, de Lenin, que en hojas fotocopiadas, constituía la tarea para analizar durante la semana. Una vez discutido el correspondiente capítulo del texto, en las reuniones se evaluaban los avances del Proyecto, que a largo plazo consistía en la formación de una delegación estatal del Partido, tomando como punta de lanza el funcionamiento de la Casa Estudiantil, que dotaba de una fachada humanitaria a la organización al tiempo que generaba relaciones con los campesinos padres de los estudiantes y permitía infiltrarse en la Universidad.

Al agotarse los temas del día, los otros se retiraban y comenzaba entonces una sesión privada de indoctrinamiento en que el camarada Leonel le hablaba de sus ideales, de su aspiración a formar parte de una sociedad más igualitaria. Y poco a poco le fue describiendo también a la Revolución como un estado de cosas en que los seres entregan todo lo que son, el cuerpo y el pensamiento, a la elevada causa de constituirse en escalera de transición entre la vieja y la nueva sociedad, y le propuso que ambos fueran peldaños contiguos de esa escalera, que sus manos formaran un solo remo para bogar por ese sueño, que sus cuerpos se fundieran en la amalgama en que se forjaría el botón de muestra del Mundo Nuevo.

Porque la vida es así, que no siempre nos da lo que queremos, la señorita Rosaura había pasado muchos años confinada en la soltería y la soledad, hasta ahora, en que aparece de la nada este hombre moreno, no muy alto, de bigote escaso, de mirada profunda, y le habla de la transformación del mundo y le pide más que una solidaridad simbólica. Y a pesar de que una luz roja encendida en lo íntimo de su conciencia le advirtió que mientras ella pensaba en el amor, el camarada Leonel tenía una idea distinta en la cabeza, decidió aceptarlo en su corazón y en su cuerpo porque creyó que la vida merecía una oportunidad para ser distinta, mejor.

La primera mañana que amaneció junto a él, la despertaron los trinos chispeantes de una pareja

♦♦♦

de canarios que tenía en una jaula colgada fuera de la habitación. Antes de abrir los ojos escuchó cómo los gorjeos de las avecillas se entreveraban con el sordo y continuo caer de una gota en la pila del agua, y luego imaginó que los trinos-agua subían en espirales por una escala de luz que los rayos del sol formarían al filtrarse entre las ramas de los limoneros del patio. Abrió los ojos y creyó que era feliz. Después se levantó a preparar los huevos con jamón que el camarada Leonel pidió para desayunar.

Así comenzaron cuatro meses muy diferentes de lo que hasta entonces había vivido la señorita Rosaura. Los martes y jueves acudía al albergue a preparar comida para los estudiantes; los miércoles les remendaba su ropa o les cosía nuevas prendas con retazos de tela; los viernes por la mañana, junto con el tesorero de la Casa, iba al tianguis a surtir la despensa. Pero los mejores días de la semana eran el viernes y el sábado. El viernes por la tarde llegaba el camarada Leonel. Primero pasaba por el albergue a recibir informes sobre su funcionamiento y luego se trasladaba a casa de la señorita Rosaura. Ella lo recibía con la emoción desbordada. Después de cenar, el camarada le pedía que fueran a la sala, que a la vez estaba acondicionada como taller de costura. Casi invariablemente,él se sentaba en un viejo sillón de mimbre mientras le escuchaba contar los sucesos de la semana. La llamaba enseguida a que se acomodara en sus piernas y la desnudaba lanzando en distintas direcciones la ropa. Pasado el sexo, ella buscaba sus prendas entre los vestidos a medio terminar de sus clientes; luego se retiraban a dormir.

Los sábados por la mañana continuaban las sesiones de estudio y discusión (después de Lenin vino Bujarin). Del grupo inicial sólo seguían asistiendo Roberto y Abel; otros miembros se incorporaban o salían esporádicamente, manteniéndose por lo general siete u ocho integrantes. Ante la relación de la dueña de la casa y el coordinador del grupo, Abel parecía sonreír con sorna cuando algún detalle la evidenciaba, y Roberto miraba a la señorita Rosaura con una expresión parecida a la lástima; pero a ella en realidad dejó de interesarle la opinión de los demás, incluyendo la de algunas de sus clientas que metían aguja para sacar hilo al preguntarle, por ejemplo, acerca de un señor con el que la habían visto caminando por la calle. Y no le importaban las miradas o los comentarios tendenciosos porque sentía que su existencia —como continuamente le hacía ver el camarada Leonel— por fin fructificaba cada vez que los estudiantes del albergue podían encontrar su plato de comida caliente al regresar de la escuela o cada vez que una persona los alentaba a continuar con su labor organizativa.

Y si en lo emocional la señorita Rosaura se encontraba satisfecha, sus finanzas comenzaron a no marchar tan bien, pues al principio el camarada Leonel representaba un desembolso extra sólo en cuanto a los alimentos que consumía, pero después comenzó a pedirle pequeñas cantidades para sufragar gastos imprevistos del grupo, luego para pagar su pasaje de regreso a la ciudad de México y terminó por solicitarle una suma fija para solventar sus necesidades personales, "que no es estrictamente para mí, sino para que el Proyecto siga su cauce" —le explicó. Además, por dedicarle tiempo a la Casa Estudiantil, había descuidado su taller: se retrasaba en la entrega de algunos trabajos, rechazaba otros que calculaba no alcanzar a terminar en la fecha requerida y, para colmo, cuando se desvelaba tratando de terminar alguna prenda urgente, el cansancio le jugaba malas pasadas y acababa inutilizando telas que luego tenía que reponer de su dinero. La clientela fue disminuyendo.

Otro de los aspectos en que la vida apacible de la señorita Rosaura se trastocó fue el orden de la casa. Después de tantos años de soledad en que todos los objetos permanecían siempre en su lugar designado, encontrar libros entre las telas, las tijeras encima de los trastos del escurridor, un calzoncillo en la zapatilla que va a ponerse, vasos con restos de cerveza bajo la cama, no era agradable. Ciertamente, había que reconocerlo, el camarada Leonel no era ordenado, y no recogía ni el plato en que comía, y nunca la invitaba a pasear, y nunca había tenido un detalle con ella, y nunca... Aunque era comprensible, porque el Proyecto requería toda su atención... Bueno, en una ocasión sí tuvo un gesto amable: un viernes, recién llegado de México, le regaló una rosa roja. Alborozado, le explicó: "—El Comité Central del Partido reconoció oficialmente a nuestro grupo como la primera célula en el estado. Es un gran triunfo, por eso te la traje". Cuando se marchitó, metió los pétalos en un

♦♦♦

catálogo de modas y lo guardó bajó el colchón de la cama.

Las leyes de la dialéctica dicen que nada es inmutable, que en todo estado de cosas, en todo ser, en toda relación, coexisten los elementos contradictorios que inexorablemente habrán de conducirlo a su transformación, ya sea evolutiva o involutiva, y la historia que quise venir a contar para que la entrega de la señorita Rosaura a un sueño no se perdiera en el olvido de la colectividad (los escritores creemos en la individualidad: "Por eso los artistas son tan difíciles de organizar" —me dijo en alguna ocasión el camarada Leonel) no podía escapar a esas leyes. Así, justo cuando la señorita Rosaura comenzaba a habituarse a su nueva vida, las circunstancias cambiaron. Un viernes, el camarada Leonel simplemente no llegó a dormir. Ella quiso no preocuparse pensando que al día siguiente estaría ahí a tiempo para la reunión; sin embargo, el sábado tampoco apareció; ni él ni ninguno de los miembros del grupo. Su intuición le advirtió que no debería ir a buscarlo a la Casa Estudiantil; y no lo hizo el sábado, pero el domingo sí, calculando la hora en que tendría que salir rumbo a la central camionera a tomar el autobús al Distrito Federal. Lo vio —los vio— antes de llegar y se ocultó en un zaguán. Él la llevaba abrazada; era alta y delgada. Se despidieron de los integrantes del grupo y tomaron un taxi. Al ver venir a Roberto le salió al paso:

—¡Roberto! —le gritó. Él no contestó, sólo la miró apenado—. Roberto, ¿es su esposa?

—Sí —dijo.

—¿Y tú sabías que estaba casado? ¿Por qué nadie me dijo nada? ¿Por qué no me dijiste tú, dime?

—Porque... Porque decidimos que era más importante el Partido.

—¿Y ahora? ¿Ahora qué va a pasar conmigo?

—Nada —le respondió—. Estás fuera del Proyecto.

Estuvo sentada el resto del día en el viejo sillón de mimbre. Al ver los vestiditos de niña que tenía colgados en un perchero, lloraba al pensar en los hijos que no tenía ni tendría; lloraba al ver un vestido de novia a medio hacer que ella nunca se pondría; lloraba al ver un ramo de girasoles sintéticos en un jarrón. A medianoche se fue a dormir. Por la mañana, lo primero que escuchó fue el trinar de sus canarios. Recordó entonces que su maestro de civismo solía decir que quien no vive para servir no sirve para vivir, y pensó que tal vez Roberto tenía razón, que tal vez lo más importante era el Partido. ♦

* El cuento *Por amor al partido*, de Marco Jáuregui, obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento al que convocó en marzo pasado la Asociación Colimense de Universitarias, en coordinación con el Centro Universitario de Estudios de Género y el Instituto Colimense de la Mujer, con motivo del *Día Internacional de la Mujer*.

